

«Las alas cortadas», de Gabino Alejandro Carriedo

Por lo pronto, este libro¹ ofrece singularidad. Carriedo, que en su formación debe, sin duda, bastante al Celaya de Juan de Leceta y, en algún aspecto, a Vicente Aleixandre, se ha despojado de las formas más visibles de toda influencia, conservando, no obstante, características de su poesía anterior.

Por un libro que a mí me pareció muy interesante: *Del mal, el menos*, conocíamos esas características: un lenguaje coloquial pero deliberadamente arbitrario o deshilvanado, una propuesta naturalidad que no deja de afectarse con ciertos procedimientos retóricos repetidos, y una voz inconforme, o al menos dolorida, que a

través del sarcasmo se rebela con amargura contra costumbres turbias y formas de vida amaneradas.

Todo ello aparece en el libro actual, pero expresado un poco en clave. Quiero decir que resulta menos accesible al lector, porque se apoya más intensamente en una imagen que llamaríamos superrealista, si no fuera porque el innegable arranque intuitivo parece muy elaborado en seguida.

Las alas cortadas es un extenso poema en cuatro tiempos —de los cuales yo elegiría el tercero—, divididos en unas a modo de estancias nada rigurosas. El contacto con la realidad está tomado a través de una experiencia cercana: «se inundan las presas hidroeléctricas» —dice en un verso— y late en él

¹ Colección *La Piedra que habla*. Cuenca, 1957.

un patetismo, exento de toda anécdota, que nos transmite la angustia, el terror de la muerte, la injusticia. Los versos, que casi siempre muestran su expresividad por sí solos o en breves grupos, sin mayor interdependencia significativa, son tan desgarradores como ese

*esperar al menos que amanezca,
grita el hombre*

o arrancan una desesperada queja ante el conformismo burgués como

*A la hora del amanecer
los hombres (incomprensible) per-
manecen dormidos.*

o comportan un deseo de exaltación de la realidad frente a mitos y sueños. Uno de los procedimientos más característicos de Carriedo es el sarcasmo y una mezcla de amargura y esperanza, hasta el empleo de la cari-

catura, como el extraño coronel que aparece en este poema y el sapo que croa desde un latente y pantanoso estado. El contraste violento, la burla, el alogicismo, ofrecen siempre posibilidades insólitas a la sorpresa, pederal no despreciable para el chispazo poético.

La poesía de Carriedo, bajo su máscara irónica y arbitraria, es triste y grave. Se debate contra el absurdo y busca explicaciones o, al menos, como en un verso dice, «si llorar consuela». En cuanto tiene de oposición y disconformidad con lo falso y torpe, adquiere una dimensión social y acaso pierde eficacia por esa dificultad de comprensión antes aludida. Y tal vez porque le falte una última sublimación. Carriedo sabe —y demuestra— que la poesía no es *cuento*, pero olvida que es *canto*.

L. de L.